

SVFULTZ
cofe
330-6

BIB 149655

*Velada Pública en Homenaje
a la memoria de*

Don Adolfo Ibañez B.

Auspiciada por la

RA CENTRAL DE COMERCIO DE CHILE

30.092

159h

.1



008302



Baltra Cortés, Alberto

530.04
-B159h
e1

Homenaje a la memoria
de don Adolfo Ibáñez B

ESCU. LA DE NEGOCIOS DE VALPARAISO

FUNDACION ADOLFO IBANEZ

BIBLIOTECA

SEDE SANTIAGO

El Viernes 5 de Agosto de 1949, a las 18.30 horas, se llevó a efecto en el Salón de Actos de la Universidad Católica de Valparaíso, una Velada Pública en homenaje a la memoria del recordado presidente de la Cámara Central de Comercio de Chile, señor Adolfo Ibáñez B. (Q. E. P. D.).

Participaron en esta velada altas autoridades del Gobierno, parlamentarios, destacados hombres de negocios y los dirigentes de las Cámaras y Asociaciones de Comercio de Chile, venidos de todos los puntos del país, para asistir a ella y a la Asamblea General Ordinaria de Socios de la Cámara Central de Comercio de Chile.

Hizo uso de la palabra, en nombre del Supremo Gobierno, el señor Ministro de Economía y Comercio, don Alberto Baltra Cortés, y enseguida hablaron en nombre del Centro, Norte y Sur del país, los señores Ernesto Barros Jarpa, Víctor Goudie y César Sánchez respectivamente. Finalmente, y en nombre de la Cámara Central de Comercio, bajo cuyos auspicios se celebró esta Velada, usó de la palabra el Director de la Entidad, señor Fernando Durán.

En el presente folleto se dá el texto de los discursos pronunciados en esta oportunidad, la carta recibida del Consejo Interamericano de Comercio y Producción, que fué leída después de los discursos, y el artículo editorial publicado por el Diario «El Mercurio» de Valparaíso el día en que se efectuó la Velada.

Valparaíso, Agosto de 1949.

19490500
Fundación de A. Ibáñez

La Reunión y el Homenaje de Hoy

De "EL MERCURIO" de Valparaíso,
Viernes 5 de Agosto de 1949.

De fiestas estará hoy día la Cámara Central de Comercio, con motivo de cumplir un año más de vida—entera 91—, de elegir su nuevo Directorio y de reanudar sus ya clásicas jornadas anuales de estudio, a las que concurren, jubilosos, desde todos los puntos de la República, los representantes de las 47 Cámaras y Asociaciones que la integran.

Pero va a ser la suya una fiesta melancólica, porque por primera vez, después de muchos años de asistir con religiosa puntualidad a sus sesiones y de tomar afanosa parte en sus deliberaciones y acuerdos, va a faltar a la cita quien fuera su más genuino personero y el alma misma de la Cámara Central de Comercio y, en general, de todas las organizaciones gremiales en que han concluido agrupándose los hombres de negocios y empresas de este país: don Adolfo Ibáñez B., sorpresiva y prematuramente desaparecido una mañana de nieblas y de lluvias del mes antepasado.

Se ha dicho, con cierta verdad, que los grandes hombres— y son grandes todos cuantos supieron darse sin reservas, heroicamente encimados por sobre las egoístas y menudas preocupaciones de cada día— sobreviven, de ordinario, al hecho trivial de la muerte, porque algo de ellos queda en los hijos con que enriquecieron la estirpe; en las obras que atinaron, con amoroso gesto, a crear; en las organizaciones a que supieron infundir vida, o en la sola fluida memoria de los demás hombres que con ellos convivieron y fueron testigos de las humildes verdades que, con fervor de cruzados, predicaron o de las bellezas que, como lámparas para extraviados peregrinos, encendieron, o de las bondades que, como generosas

semillas arrojadas al seno de la tierra nutricia, sembraron y cultivaron.

Todo esto y algo más podría, sin exageraciones, decirse del señor Ibáñez en la presente oportunidad, porque la parte más dinámica y fecunda de su existencia— su madurez prodigiosamente enérgica y laboriosa— estuvo consagrada por entero a la Cámara Central de Comercio; a su organización definitiva, que alcanzó entre sus manos fuertes un desenvolvimiento notable; al espíritu varonil y batallador que supo infundirle; a la orgullosa resurrección de la conciencia gremial que provocó entre los vilipendiados hombres del comercio— actividad que él concebía sólo como el movimiento de distribución de las riquezas puestas al servicio del consumidor—, y al examen y planteamiento de los múltiples problemas que en una época como la nuestra, que discurre bajo el signo inquietante de una intervención cada vez más creciente del Estado, afligen al comercio y, en general, a todas las ramas de la producción y la economía.

El señor Ibáñez, que a fuerza de comerciante era un espíritu eminentemente realista, ni se cerró a las imperativas exigencias del presente ni se encastilló en dogmas estrechos, discutibles e inútiles, aunque tampoco se dejó fácilmente ganar por las ideologías y modas al uso. Aceptó, por todo ello, como una fatalidad de los tiempos, el hecho o fenómeno de la intervención estatal, y le salió de través con una fórmula que pudiera ser tal vez la salvación: la intervención ejercitada de acuerdo con las organizaciones de la producción y del comercio por medio de sus más caracterizados personeros, para los que imaginó y reclamó un sitio de responsabilidades en los organismos fiscales y semifiscales que controlan los negocios y hasta se atreven, a veces, a dirigirlos.

Su sensata fórmula se abrió, por fin, paso, tras no pocas resistencias, bajo los gobiernos de los Presidentes Ríos Morales y González Videla, y ha permitido, en el hecho, aminorar algunos de los peores defectos del sistema y engendrar cierta colaboración auspiciosa entre los gobernantes y los gobernados, o, si se prefiere mejor, entre el Estado rector y una economía que teme, no sin razones, ser controlada y dirigida por quienes suelen igno-

rar sus leyes ineludibles o desconocer sus mecanismos esenciales.

Entre muchos otros servicios beneméritos, éste que recordamos fué tal vez uno de los más importantes que el señor Ibáñez prestó, a un tiempo, a los organismos de la producción y del comercio y al Estado chileno y sus dirigentes.

Con sobrada razón, pues, van a recordar hoy día su memoria en la solemne velada fúnebre del salón de actos de la Universidad Católica de Valparaíso, el señor Ministro de Economía en representación del Supremo Gobierno, y diversos personeros de la Cámara Central de Comercio de Chile y de las Cámaras afiliadas del norte, centro y sur de la República.

Pero van a tener también que recordarlo, a cada instante, aun sin nombrarlo, todos cuantos participen en los debates y acuerdos a que la Cámara Central ha convocado para dilucidar temas tan complejos y tan cargados de peligrosa actualidad, como la subsistencia del principio de la libre empresa, la modificación del actual sistema de cambios internacionales, la simplificación de la legislación tributaria, la reforma del régimen de previsión social y el sistema de relaciones existentes entre los Poderes Públicos y las organizaciones de la producción y del comercio.

De haber estado vivo, el señor Ibáñez habría seguramente orientado estas deliberaciones y logrado armoniosas fórmulas de transacción entre antagónicas doctrinas y divergentes puntos de vista.

Pero sobreviven el recuerdo claro de sus convicciones firmes como su propia fe en la grandeza de Chile y la bondad de sus hombres rectores y la animosa memoria de su criterio conciliador y benévolo, adiestrado, durante medio siglo, en el arte, nada fácil, de llevar los problemas al terreno de las afirmaciones positivas y de los adelantamientos paulatinos, discretos y provechosos.

Fué el carácter que, en definitiva, imprimió, como no lo hubiese hecho mejor un educador, a la Cámara Central de Comercio y el más poderoso báculo que pudo legarle para sus tanteos y peregrinajes a través del porvenir incierto.

V.

Discurso de don Alberto Baltra Cortés, Ministro de Economía y Comercio

En nombre de S. E. el Presidente de la República y del Supremo Gobierno, el Ministro de Economía y Comercio, pronunció el siguiente discurso:

La Cámara Central de Comercio de Chile ha deseado rendir en esta oportunidad solemne homenaje de agradecido recuerdo a quien la presidiera durante largos años, entregándole, en amplio ademán generoso, su energía inagotable, su voluntad constructiva, sus ideas renovadoras y su rica experiencia, recogida en el rudo batallar de laboriosa jornada en que el éxito fué fruto del propio esfuerzo y de personales méritos.

La figura de don Adolfo Ibáñez se destaca así como lección ejemplar para las juventudes que, de pie en el umbral de la vida, sin más medios que el valer y el entusiasmo, a veces se sobrecojen amedrentadas por las dificultades que ocultan el porvenir que siempre espera a quienes colocan aún en sus actos más sencillos limpieza de corazón, rectitud de intenciones, perseverancia en el trabajo y fé apasionada en el futuro.

En una de las últimas veces en que llegó hasta la sala de mi Despacho, me habló, con ese ardor que ponía en sus palabras, del deseo de escribir un texto de conocimientos económicos prácticos que ayudaran y orientaran a las nuevas generaciones dispuestas a abrazar la noble carrera del comercio. La muerte impidió a don Adolfo Ibáñez cumplir este propósito, pero si bien es cierto que el libro no fué escrito, lo está, sin embargo, en la huella perdurable de sus actos, pensamientos y afectos.

Gran parte de ésta, que pudiéramos denominar su herencia espiritual, se encuentra repartida entre sus compañeros de labores en esta Cámara a la cual dedicó tantos afanes y desvelos sustrayéndose a un descanso que anhelaba, pero que nunca habría podido realizar, pues para él la existencia había sido y no podía ser sino acción constante bajo el estímulo de inquietudes que cada vez cubrían mayores horizontes.

Creía, según me lo dijo muchas veces, que la fortuna impone a quien la logra obligaciones que arrancan de los lazos solidarios que unen a los hombres y que estos deberes no sólo se relacionan con las obras benéficas que es preciso acometan en amparo y resguardo de los débiles y humildes, sino que, asimismo, en el espíritu público que debe inspirar sus actos, desprovistos ya de afanes de lucro, y en el criterio de interés colectivo con que deben acercarse a los problemas que se les someten o abordan. Se había impuesto este deber y lo cumplía abnegadamente.

Dirigente gremial, posesionado de las responsabilidades que tan alta jerarquía impone, creía, además que en el subsuelo de nuestra estructura social y económica, se gestaban nuevas formas a las cuales era necesario anticiparse preparando el medio en que iban a tener desarrollo.

No concebía los gremios como ciudadelas constituidas sólo para la defensa de los intereses de quienes los componen, sino que, en su concepto, eran también instrumentos de cooperación a los Poderes Públicos, creando así un ambiente de confianza en que la solución de los problemas se ilustra y facilita. Por esta causa, toda discusión con don Adolfo Ibáñez era útil y fructífera, pues aún cuando sostenía sus ideas con firmeza, siempre era posible encontrarse con él en la zona de los intereses generales, y concertar las bases de un acuerdo que contemplara la adecuada satisfacción de éstos.

Ejercía aguda labor crítica, aportando así este elemento indispensable para el progreso y correcta marcha de la Democracia, pero, exento de ambiciones, más que la pública discusión de sus juicios le importaba que sirviesen de colaboración constructiva para quienes soportan la dura e ingrata tarea, de ser Gobierno.

Era un colaborador a quien podía recurrirse siempre en busca del consejo prudente que daba sin reticencias ni egoísmos, contribuyendo muchas veces a suavizar asperezas que algunas soluciones provocan por falta de contacto entre la autoridad que las adopta y aquéllos a quienes afectan.

El Gobierno, por estas causas, ha deseado, por mi intermedio, adherir al justo homenaje que la Cámara Central de Comercio de Chile tributa a su memoria y merecimientos.

Discurso de don Ernesto Barros Jarpa

El Vice-Presidente de la Cámara Central de Comercio de Chile y Director de la Cámara de Comercio de Santiago don Ernesto Barros Jarpa, pronunció el siguiente discurso, en nombre de las Cámaras y Asociaciones de Comercio del Centro del país:

Señoras, señores:

Ha sido una feliz iniciativa de los dirigentes de la Cámara Central de Comercio de Chile, la de resolver que la reunión anual de la alta entidad que agrupa a nuestras organizaciones gremiales, fuera precedida este año de un homenaje al ilustre dirigente recién desaparecido; porque, junto con hacer obra de estricta justicia, no se encontraría ningún medio más adecuado para renovar la fe en los altos ideales que inspiran a esta rama de la economía nacional, que destinar un momento, de respeto y de recogimiento, para recordar la vida y la obra de don Adolfo Ibáñez.

Si se pretendiera formar un dirigente ideal del comercio organizado, habría que comenzar por ponerlo en los primeros tramos de estas actividades, para que supiera del duro esfuerzo del trabajo modesto; de la consagración permanente y puntual a la tarea que se le ha encomendado; de la vigilancia de todos los detalles útiles y del espíritu de disciplina y respeto para los jefes que tienen la responsabilidad de la empresa; habría que asignarle, enseguida, tareas coordinadoras y de mando para que supiera aprovechar el esfuerzo de los que laboran, respetándolos y haciéndose respetar, más con un ejemplo intachable que con sanciones punitivas; habría que entregarle, después, la conducción de la Empresa, para

que pusiese a prueba su propia experiencia y desarrollase su espíritu de iniciativa, ampliando el giro de su trabajo, de la ciudad a la provincia, de la provincia al país, del país al mundo exterior; y, una vez que hubiese triunfado en cada una de estas pruebas, sin impacencias ni precipitaciones, con la serenidad del que ha medido sus fuerzas en el primer peñón para asegurarse de que alcanzará serenamente al último, entregarle la dirección coordinada de los grandes negocios, hermanados en el noble objetivo de servir a la comunidad y a la patria.

Vosotros sabéis que la trayectoria que acabó de trazar fué la que recorrió, paso a paso, don Adolfo Ibáñez.

Los que le conocieron en sus primeras actividades, lo supieron empeñoso, cumplidor y dinámico, y no se sorprendieron al encontrarlo luego, todavía muy joven, en tareas de mayor responsabilidad, siempre inagotable en el esfuerzo necesario y siempre alerta y con la vista puesta en algo más perfecto que le permitiera superarse.

Dueño de sí mismo, consciente de su capacidad, lograda en una tarea sin descanso, reúne sus fuerzas,— todavía mayores en lo moral que en lo económico,— y organiza su propia empresa, en la que despliega una actividad, multiplicada por el amor al trabajo y la seductora atracción del triunfo.

El éxito le sonríe, pero él no encuentra en su presencia sino un motivo más para dar otro empuje a su carro, y la empresa inicial se ramifica y se reproduce, abarcando al mismo tiempo actividades de distinto giro, unidas por el hálito vivificante de su inspiración directiva.

Pero el triunfo personal no le conquistó el descanso. Con otros capitanes de empresa comprendió, que el éxito del hombre de negocios, es un pobre éxito individual, sin trascendencia, si no se ha logrado enaltecer y dignificar la profesión que se ha elegido y si no se ha conseguido ponerla al servicio de la sociedad en que se vive, con una cuota de aportaciones efectivas, creando,

además, para ella una atmósfera de prestigio que la haga a la vez tan respetable como respetada.

Y fruto de esta convicción fué su magnífica tarea frente a la Cámara Central de Comercio.

La estructuración de este organismo a través de todo el país, sirviendo de aglutinante de actividades dispersas, sin otra condición que la de que fueran legítimas; la influencia adquirida en los grandes centros rectores de la economía nacional; el respeto con que se escucha hoy la palabra del comercio organizado, para impulsar soluciones, detener medidas precipitadas, e inspirar la búsqueda de nuevos rumbos en los complicados procesos económicos o financieros, todo reconoce en buena parte como fuerza motriz, no siempre aparente pero siempre efectiva, la personalidad infatigable y generosa de don Adolfo Ibáñez.

Sus escritos han quedado como los mejores testimonios de su obra. En el «Esquema del Comercio en Chile» presentado al Consejo Nacional de Economía en 1947, se encuentra el más convincente alegato que se puede hacer para la defensa de esta actividad, con todo el relieve que corresponde a sus funciones esenciales legítimas, y con toda la franqueza de crítica que se debe formular a la deformación ilícita de esta misma actividad.

En su trabajo sobre el «Trato hostil a los grandes empresarios» como error económico, financiero y psicológico, abordó valientemente un tema que no muchos se han atrevido a encarar, y probó la utilidad y el importante servicio social que cumplen las grandes entidades comerciales, asegurando la honestidad de procedimientos y abaratando sustancialmente la distribución de las mercaderías.

Y en el discurso pronunciado en el aniversario anterior de la Cámara Central de Comercio, una de sus últimas producciones, y talvez la más enjundiosa y medular de su fecunda labor de publicista, planteó, en pre-

sencia del Jefe del Estado y de sus Ministros, sus puntos de vista sobre la libertad económica, con una ilustración y profundidad de conceptos, que dan a esa pieza oratoria los caracteres de un luminoso programa permanente de trabajos para la entidad que por tantos años dirigió.

No sería posible revisar en este momento toda su obra como economista y sociólogo; pero en medio del inmenso vacío que ha dejado el desaparecimiento de su recia personalidad, es consolador recordar que dejó estampadas sus enseñanzas y directivas en escritos a que el tiempo se encargará de otorgar sus verdaderos relieves y que quedan ahora como un elocuente mensaje, para los llamados a continuar su obra.

Si en lo nacional es grande la labor realizada por el señor Ibáñez, en lo internacional es realmente visionaria.

Como el mundo se hace cada día más chico y las distancias desaparecen, ya la economía no puede conservarse en moldes de un nacionalismo estrecho y los problemas saltan las fronteras y rápidamente se internacionalizan. Por consiguiente, la coordinación de las actividades económicas de los diversos Estados, en especial de esta unidad, que se llama la América, es un imperativo categórico al que es preciso obedecer.

De los servicios de contacto y divulgación que prestó el señor Ibáñez en este aspecto de sus actividades, dan prueba emocionada las expresiones de pesar recibidas de todas partes con motivo de su muerte.

Con su asistencia a muchos Congresos en el extranjero, había logrado formarse una personalidad de contornos continentales.

La muerte le sorprendió cuando acababa de regresar de una brillante intervención en Montevideo.

Siempre creí que la larga, intensa y prestigiosa labor realizada por nuestro ilustre amigo, a quien la salud empezaba ya a traicionar, le daba derecho a tomar una

posición digna de sus eminentes servicios, reservándole en nuestra organización el rol de Jefe y personero de todas las entidades gremiales del Comercio de Chile, en sus tratos con el exterior. Pero para un hombre de su temple, semejante honor resultaba como un agravio. El tenía que estar en el sitio más duro de la contienda y su signo estaba escrito: sólo el mandato divino que nadie puede rehuir, podía sacarlo del puesto de peligro que él había elegido para servir a sus semejantes.

Atenuó el gran pesar de haberle causado, involuntariamente, tal molestia, a un hombre de quien siempre recibí afecto y consideración inolvidables, pensando que tal vez con aquella sugestión le hubiésemos conservado más tiempo entre nosotros.

Hoy, al rendirle este homenaje, en cumplimiento de un encargo muy honroso de la Cámara de Comercio de Santiago, de la Confederación de la Producción y del Comercio, y de todas las Asociaciones grandes y pequeñas que desenvuelven sus actividades en la capital, proclamo nuestra decidida voluntad de servir los ideales de cooperación gremial que inspiraron la acción de don Adolfo Ibáñez, y le agradezco todo el gran patrimonio de experiencias, estudios, energía y orgullo profesional, que él supo dejarnos como legado inestimable de una vida ejemplar.

Discurso de don Víctor Goudié

En nombre de las Cámaras de Comercio del norte del país, usó de la palabra el Presidente de la Cámara de Comercio de Coquimbo, Sr. Víctor Goudié, quien expresó:

Mis distinguidos Colegas:

Los Presidentes de las Cámaras de Comercio del Norte han tenido la gentileza, de designarme a mí para hacer uso de la palabra en esta Velada solemne cuando nos hemos reunido para tributar un homenaje postrero a la memoria del preclaro hombre público don Adolfo Ibáñez Boggiano.

Posiblemente la designación ha recaído en mi persona por el hecho de ser el Presidente más antiguo de Cámaras de Comercio del Norte y creo, aún, en el país. Pero también es probable que mis colegas hayan reconocido los estrechos y fraternales lazos de afecto y aprecio que me ligaban con don Adolfo Ibáñez, durante alrededor de veinte años, durante los cuales he podido ver muy de cerca sus trabajos en todo lo que atañe al comercio e industria del país.

Hemos escuchado las elocuentes palabras de los oradores que me han precedido, pero creo aún más elocuente la presencia en este Centro de cultura y sabiduría, de tantos representantes de todas las diferentes actividades y de todos los diferentes puntos del país entero, que se han congregado para rendir un homenaje de admiración y aprecio al más grande de todos los Presidentes de la Cámara Central de Comercio.

Dotado por la Divina Providencia con una inteligencia privilegiada, Adolfo Ibáñez supo coronarla con un espíritu cívico y de sacrificio nunca igualado.

Los señores de la Cámara de Diputados
y señores de la Cámara de Senadores
de la República de Chile, señores
señores.

Los señores señores

Los señores de la Cámara de Diputados de Chile
nos han tenido la honra de invitarnos a su
sala para que en la tarde de este día, a las
veinte y cinco horas, se abra el debate sobre
la memoria del profesor don Víctor Cordero
donde se discute.

El problema de la educación en Chile es el
más importante de los que se discuten en el
Congreso de Chile en la actualidad y que en el
país también se discute por los señores
señores de la prensa y señores de la
opinión pública en los días de estos
días. El problema de la educación en Chile
es un problema que afecta a todos los
sectores de la vida social y económica del
país y que en estos días se discute en
el seno de la Cámara de Diputados y
en el seno de la Cámara de Senadores.

El problema de la educación en Chile es un
problema que afecta a todos los sectores de
la vida social y económica del país y que
en estos días se discute en el seno de la
Cámara de Diputados y en el seno de la
Cámara de Senadores.

Debido por la división de la Cámara de Diputados
previamente a las veintidós horas de la tarde
de este día, se suspende el debate.

Si fué afortunado en sus propias empresas era por cuanto él mismo fué el arquitecto y constructor de ellas y supo siempre rodearse de personas leales y quienes rendían el máximo de sus esfuerzos.

Era un hombre que inspiraba entusiasmo en todo orden de actividades y era un privilegio trabajar en su compañía. Por muy eficiente que fuese la Cámara Central de Comercio anteriormente y por muy meritorios que fuesen sus dirigentes, nadie negará que una vez que don Adolfo Ibáñez tomó el mando, la convirtió en una Institución que hoy es un modelo entre sus congéneres, tanto dentro como fuera del país.

Fué él quien enalteció la dignidad de la Cámara y, luchador como era para reivindicar los derechos del comercio y de la industria, insistía siempre que el comercio también tenía sus obligaciones para con el público y la comunidad en general.

Su lema constante era servir, servir al público, servir a sus semejantes y servir a la Patria, y solamente con servidores como él hay buena Patria.

Fué él que consagró la colaboración incondicional de todas las Cámaras afiliadas para con la Cámara Central. El que canalizó sus esfuerzos y fué él quien vislumbró la necesidad imprescindible de que el comercio anduviera estrechamente ligado con la industria, la agricultura y la minería.

Su anhelo era el engrandecimiento de la Confederación de la Producción y del Comercio constituyéndola en una Entidad que pudiera colaborar con el Supremo Gobierno, y ayudarle en la solución de los graves problemas nacionales e internacionales.

El se ha ido a una vida mejor: del más allá, si pudiéramos comunicarnos con él, él sería el primero en rogarnos que no lamentáramos su desaparecimiento, y él desearía con toda su gran alma que siguiéramos con su obra sin descansar hasta terminarla.

Seguramente habrá discusiones sobre la manera de perpetuar su memoria, pero desde luego ya existe algo que perpetúa su memoria, y es la Cámara Central. Creo que bien pudiéramos imitar algo que he visto en mi propio país. Allá en el viejo Londres, en esa joya arquitectónica, la Catedral de San Pablo, venera la memoria de los hombres que han coronado la Patria con Gloria, en diferentes actividades. Ahí están los héroes de la patria y representantes de las ciencias y de las artes. Hay muchos monumentos, estatuas, efigies, algunas cincelados en el mármol, otros en granito y otros en el bronce. Pero se busca en vano una estatua al hombre genial quién planeó ese templo a la Cristiandad. No hay más que una pequeña placa con cuatro palabras en latín: «SI MONUMENTUM REQUIRIS CIRCUMPSICE». Si buscas su monumento, mira en su alrededor. No necesita estatua, pues todo ese templo es un monumento. Es así que la Cámara Central es el monumento que hará perdurar la memoria de don Adolfo Ibáñez y es nuestro deber ver que esta Cámara se fortalezca más cada día y cada año. Hasta ahora la Cámara Central ha tenido una sola fecha para conmemorar el 6 de Agosto, aniversario de su fundación. Desde este año tiene otra fecha para recordar— con veneración silenciosa— el 21 de Junio, fecha cuando Adolfo Ibáñez nos dejó para siempre.

Las Cámaras de Comercio del Norte, por mi intermedio, desean hacer llegar a la familia de don Adolfo Ibáñez y a sus compañeros de trabajo la expresión más sincera de su afecto y admiración y, a la Cámara Central de Comercio de Chile quieren reiterar una vez más su adhesión más sincera e incondicional, comprometiéndose a no traicionar jamás los postulados que nos enseñó don Adolfo, y para terminar, desearía transmitir por el eter mi adiós, plagiando las palabras inmortales con que Horacio despidió a Hamlet: FELIZ NOCHE ETERNA, AMADO AMIGO, QUE COROS DE ANGELES ARRULLEN TUS SUEÑOS.

Discurso del señor César Sanchez

El Presidente de la Cámara de Comercio e Industrias de Valdivia, señor César Sánchez, en representación de las Cámaras de Comercio del sur del país, pronunció el siguiente discurso:

Los hombres de las provincias del Sur, de aquellas ciudades y pueblos que conocieron a don Adolfo Ibáñez, tanto en sus luchas de joven comerciante emprendedor, en los tiempos heroicos de la libre competencia, como en sus cruzadas para hacer del comercio una herramienta de progreso nacional y de paz entre las naciones, nos sumamos hoy a este grandioso homenaje público, seguramente con palabras de muy escaso valor en sí, pero con la tranquilidad de conciencia de haber sido talvez los primeros que comprendieron el mensaje de don Adolfo Ibáñez, en una época en que se le discutía y aún se le negaba, especialmente en aquellos centros que suelen olvidar los fines superiores de la política, para atender a lo que ella tiene de intriga y ambición de mando.

Acaso nuestro elogio no diferirá en sus líneas esenciales de otros ya pronunciados aquí, porque fué don Adolfo, como cariñosamente lo llamábamos, un hombre singular, una personalidad de tan recios contornos y tan definida por su talento, su tenacidad y su honradez de ideales, que lo natural es que los juicios resulten coincidentes. No obstante, yo quisiera que mis palabras, si nó por elocuentes ni novedosas, tuvieran por sinceras, el don de comunicar el amor y respeto debido a su memoria, y a la eternidad de su obra.

Difícilmente podemos pensar aún en don Adolfo Ibáñez como en un símbolo. El mismo fué siempre refracta-

rio a las figuraciones honorarias. No podremos verlo más, es cierto, multiplicarse entre los grupos y comisiones, ni participar en los debates con esa expresión tan característica de su rostro, a la vez bondadosa y severa, como la de un padre. No lo oiremos más, quien lo duda, discutir, con pasión razonada de hombre justo, que llegó a las ideas generales por el largo camino de la experiencia. Por una ley divina que no podemos sino acatar, esta vez el señor Ibáñez no habrá estado en nuestras deliberaciones. Pero como sucede que de toda personalidad fuerte se desprende también un espíritu enérgico, en todo momento hemos sentido como si ese espíritu nos estuviera acompañando, para alentarnos en una labor que sólo será posible con la ayuda de ese espíritu que no ha muerto.

En el vasto escenario de la política nacional, que ha ido evolucionando de las románticas asambleas a los reflexivos consejos, representó don Adolfo Ibáñez un papel que la historia no podrá desconocer. Fué durante muchos años una gran figura casi quijotesca, que clamaba con airadas voces por una política objetiva, a base de realidades y de números, en medio de un desierto espiritual sólo interrumpido por los espejismos de palabras encendidas, pero vanas. Ante pequeños auditorios, llevando a las cuestiones públicas la noble austeridad de las aulas, ese profesor sin nombramiento y sin sueldo, que había abierto por su cuenta una cátedra de economía, desplegaba unos enormes gráficos y ponía el puntero en la llaga de los bajos índices de nuestra producción. Tenía el señor Ibáñez naturales condiciones didácticas. Sin retórica, sin grandes recursos oratorios, lograba sin embargo hacerse entender. Pocos hombres hubo más claros que él. Y fué así, abriendo cada día una nueva cátedra en un pueblo diferente, usando el mismo método con que extendió sus almacenes a lo largo del país, cómo logró agrupar a los hombres de trabajo, de empresa y de negocios que constituyen hoy esa digna cadena de asociaciones en que el esfuerzo individual ha logrado, en un impulso enaltecedor, hacerse más digno y más altruista.

Fué esa, pues, la primera tarea que cumplió don Adolfo Ibáñez: la unidad del comercio y de las fuerzas productoras en asociaciones locales; la unidad de estas asociaciones en una gran Cámara Central; y la federación de las Cámaras en Confederaciones nacionales y en grandes Consejos Internacionales.

La unidad es la fuerza, pero una misma fuerza puede ser útil o funesta según quien la conduzca. Consiste el mayor de los méritos del señor Ibáñez en haber sabido administrar esas fuerzas como buen ciudadano chileno. Ojalá que el país lo sepa reconocer. Hubo una época, por fortuna ya superada, en que el comercio asociado apenas era oído en las esferas oficiales, que sólo atendían las peticiones de otros gremios más numerosos o más audaces. Se clamó entonces por una acción más agresiva, que de momento pudo ser más provechosa, pero que habría convertido al comercio en una montonera más. Don Adolfo Ibáñez contuvo esos impulsos muy explicables, pero negativos. Se opuso a que el comercio usara de la huelga, del lock-out o de la amenaza, como medios de acción en su lucha contra las leyes de privilegio, contra los abusos sociales y contra la intervención excesiva del Estado. Resistió toda tentativa de convertir las asociaciones que él había formado, en focos demagógicos. Buscó en la asociación internacional un mayor respaldo para las asociaciones nacionales, y por curiosa paradoja, fué desde la tribuna de los Congresos internacionales del comercio, desde donde comenzó a ser oída la voz de nuestros hombres de negocios. Pudo así por éste y por otros medios dignos, lograr el señor Ibáñez que las Cámaras de Comercio obtuvieran representación en los Consejos del Estado y que fueran consideradas por los políticos, por la prensa y por el público, como entidades sociales capaces de pesar en las decisiones nacionales, y ello sin que en ningún momento dejaran de mantenerse en una línea de moderación y de cordura, obteniendo así un prestigio más eficaz y duradero, no por temidas sino por respetadas.

Pero sería injusto no agregar al respecto que debemos agradecer al actual Gobierno el haberlo comprendido desde sus primeros actos, proporcionando a don Adolfo Ibáñez al término de sus días, la enorme satisfacción de ver al fin comprendida por el Estado la seriedad de su labor organizadora de los hombres de trabajo, y la honradez de sus propósitos de cooperación.

El comercio unido, las fuerzas de la producción asociadas dentro del país para asesorar al Estado en una política económica más realista y emprendedora, y confederadas en el Exterior para cooperar al restablecimiento de la normalidad en la circulación y distribución de la riqueza, y por ese camino al bienestar, a la prosperidad y a la paz entre las naciones. He ahí, señores, la obra realizada con sacrificio de su tiempo, de su descanso, y aún de su vida debilitada por el exceso de preocupaciones, y sin medro personal alguno, por ese luchador excepcional, por ese ciudadano ejemplar, que fué don Adolfo Ibáñez.

No sin cierta ternura quiero evocar, finalmente, los afanes del señor Ibáñez en sus últimos meses de vida. Impedido de una acción más directa por sus dolencias, aún buscó en la tranquilidad de su hogar una manera de ser útil, y dió comienzo a un libro sobre el comercio, sobre esa actividad a la cual sirvió durante toda su vida. En efecto, la sirvió cuando era uno de tantos en el diario ajeteo de los negocios. La amó y la organizó más adelante cuando llegó por su talento y su virtud a ser uno de sus mentores, logrando imprimirle la dignidad de un servicio honesto y de una función útil a la colectividad, frente a las formas inferiores del lucro. Y cuando ya estaba próximo a la muerte, todavía tuvo ánimos para servir a su gremio y pasó sus últimos días escribiendo sobre el comercio, en ese afán suyo de definir, de definir para fijar ideas y conceptos y encontrar soluciones racionales, de hacer luz en medio de la confusión de nuestras mentes y de las convulsiones de nuestro siglo.

Señoras y señores:

Los que tuvimos la suerte de acompañarlo en alguna de sus campañas, y de secundarlo en tantas convenciones trabajando disciplinadamente a su lado por los ideales comunes, sabemos que es muy difícil reemplazarlo, que es casi imposible hallar al individuo que sepa, pueda y quiera conducirnos con la firme bondad que fué su ley. Pero uniéndonos todos, aunando nuestras voluntades y nuestras fuerzas materiales y morales, podremos compensar en parte la pérdida, y sostener en pie el sistema de convivencia humana y de progreso social que él nos legara.

En nombre de las Cámaras de Comercio del Sur, que han concurrido con fervor a tan justo homenaje, rindo el más amplio tributo de gratitud a la memoria de don Adolfo Ibáñez, y pido a todos, dentro y fuera de nuestro gremio, que nos estrechemos en el recuerdo del que ha de ser ahora y para siempre, el espíritu tutelar de nuestras organizaciones de bien público.

Discurso de don Fernando Durán

En nombre del Directorio de la
Cámara Central de Comercio de Chile,
el señor Fernando Durán V., pronunció
estas sentidas palabras:

«Avanzo en la vida trabajando. Llegaré al final de lo que de ella me queda sin haber hecho la cuarta parte de lo que aún querría hacer. La vida es un vaso demasiado pequeño para lo que hay que poner en él. Durante largo tiempo se desborda; más tarde se resquebraja y se rompe». Esta frase de Guizot, en que está implícito el destino dolorido y a la vez grandioso de la existencia humana, parece resumirnos en síntesis resplandeciente lo que fuera la existencia de quien con su recuerdo llena esta tarde la atmósfera y palpita en el aire de esta sala con una sutil y poderosa presencia.

Don Adolfo Ibáñez se adelantó a través de los caminos de la vida en un esfuerzo continuado y creciente, que nunca aceptó ni quiso el descanso. No obstante haber realizado una obra que podía llenar el existir de muchos hombres activos y creadores, la muerte lo sorprendió cuando su espíritu estaba ocupado por el propósito de muchas otras cosas que se proponía emprender. De pocas vidas podría decirse con más razón que era un vaso demasiado exiguo para contener la vastedad de sus anhelos. Por eso también, después de haber estado desbordándose generosamente durante los años de una vida que no conociera el desaliento ni la fatiga, un día se resquebrajó y se rompió en la quebradura sin remedio.

Esta tarde hemos venido a recordarlo quienes fuimos sus amigos, sus colaboradores y sus compañeros de inquietudes y de afanes, y el homenaje transido de afecto que le rendimos ha tenido el realce de la palabra y de

la participación personal del señor Ministro de Economía y Comercio, don Alberto Baltra, que trae hasta nosotros la expresión del sentimiento del Gobierno ante la pérdida de una vida preciosa y ejemplar.

Pero este homenaje, como todas las cosas que tocan y se refieren a don Adolfo Ibáñez, posee sobre todo un sentido creador que ilumina nuevos horizontes y se abre en límpida perspectiva hacia el porvenir. Don Adolfo no nos deja sólo el recuerdo de su personalidad recia y aguda, de su talento vigoroso y original, de su amistad sincera y acogedora, sino que nos lega también una enseñanza que es la ruta que quiso marcar a las actividades económicas privadas en el país.

Cuando decimos que él fué un hombre de acción, cubrimos a menudo su figura con una frase rutinaria cuyo significado vivo y auténtico es preciso penetrar para medir su obra y comprender sus alcances.

El hombre de acción verdadero no es aquel que simplemente actúa con diligencia o dispersa su vida en un reguero de movimientos exteriores. Por el contrario, el hombre de acción es aquel que acomete empresas fecundadas por un sentido y una orientación nuevos y que, gracias a la mediación de su inteligencia, de su meditación y de su esfuerzo, es capaz de hacer existir realidades que no existían o eran simples y tímidos balbuceos informes. Entre el porvenir que ve alzadas esas obras y el pasado que no las concebía o vislumbraba, ha sido necesaria la presencia de un hombre que se adelanta desde el ayer y con su constancia, su visión y su tenacidad, las haga surgir en el ámbito de lo desconocido. Interpuesto como un puente espiritual e impalpable entre el antes y el después, hace pasar por encima de sus sueños y su persona las cosas que sin él no habrían sido jamás fecundadas ni se habrían abierto en el fruto de una creación.

Crear es añadir a la realidad algo que ésta no tenía, enriquecerla con la presencia de cosas inesperadas, que la hacen más amplia y profunda. Más para crear es in-

dispensable que el creador haya soñado en lo escondido de su mente las cosas que más tarde van a ser puestas en la realidad y que se alimentan de lo más íntimo de su corazón.

No puede sorprendernos, por lo tanto, que dentro de los perfiles que dibujaban la personalidad de don Adolfo Ibáñez, despuntasen también los rasgos generosos de un soñador y la sensibilidad virilmente disimulada de un poeta. Los libros escritos por su pluma elegante y alerta, que saludó con entusiasmo uno de nuestros críticos literarios más exigentes, nos muestran, sea trazando agudos retratos de vicios criollos, sea describiendo punzantes aspectos de nuestras costumbres, al germen de artista que existía en el fondo de su alma y que muchas veces se tradujo al plano de la acción práctica dentro de las entidades gremiales del comercio y la producción.

Porque, en verdad, para ver y comprender bien la realidad, no es suficiente una mirada meramente utilitaria. El que avista la realidad, sobre todo si es la de un país, con el objetivo inmediato de servirse de ella y aprovecharla en beneficio propio, no alcanza a verla en su complejidad y riqueza. Por el contrario, sólo coloca ante sus ojos un remedo o reducción de aquélla, que no puede servir de base para ninguna acción verdaderamente grande y creadora. Sólo el que contempla las cosas con desinterés, es decir, se entrega a lo que éstas son y le muestran, sólo el que las mira con esa generosidad que imprime al espíritu un cierto don poético, es capaz de realizar obras importantes y duraderas y de abrir caminos inéditos a los que vienen tras él.

Don Adolfo Ibáñez fué un espíritu original, que diseñó siempre los caminos trillados y cubiertos por las pisadas de los demás. Un afán innovador, que jamás permitió que entre su mirada y la realidad se interpusiera ningún prejuicio o imagen hecha, lo conducía a buscar fórmulas y métodos propios en todo lo que hacía. No repetir, parecía ser su lema, y no repetir consiste en tener la visión limpia para percibir la renovación que

acompaña siempre a la vida y corresponder a ella con un rejuvenecimiento personal, con una actitud de perpetuo ímpetu creador.

Todo este caudal magnífico, lo vertió el señor Ibáñez en una obra cuyo vigor y desarrollo estamos presenciando en estos días, y que no es otra que la Cámara Central de Comercio de Chile.

La organización de las actividades nacionales dentro de la esfera común de sus labores específicas, es una necesidad nacional en el presente y una garantía también para el futuro del país. En el campo de lo económico no queda ya sitio para la acción egoísta y aislada, o sea, para una economía basada exclusivamente en la competencia. Sin creer que el futuro del mundo haya de basarse en una estructura económica estatista, en que el Estado asuma la dirección, mediata o inmediata, de las empresas privadas, es preciso reconocer que deberá fundarse en la cooperación. La crisis porque atraviesa el mundo en su vida económica, proviene de que todavía no ha sabido encontrar la fórmula y el camino que coordinen la iniciativa particular, indispensable para la creación social, con el interés de la comunidad, indispensable a su vez para orientar y servir de límite marginal a aquella iniciativa.

Don Adolfo Ibáñez vió siempre con gran claridad que las actividades productoras estaban en la obligación de ordenar su acción privada, combinándola con una acción de tipo público, y que el instrumento capaz de realizar en forma espontánea y natural este propósito era la organización gremial, la reunión de las empresas privadas y de los hombres de la economía en grupos funcionales.

Nunca vió en este tipo de organización una fórmula negativa, de simple repliegue de instintiva defensa de las empresas ante los avances estatales. Su sentido creador de las cosas le hizo ver que esta organización implicaba un nuevo estado de espíritu, una nueva disposición mental y moral de las gentes de trabajo, para colocar en

la raíz de sus actividades la preocupación por las consecuencias sociales y la irradiación colectiva de su propio quehacer.

Recuerdo a este respecto que algunas semanas antes de que cayera en el lecho de enfermo, lo encontré en un tren. Regresaba de las reuniones del Consejo Interamericano de Comercio y Producción, celebradas en Montevideo, donde había desempeñado el papel brillante que siempre le correspondía. Yo traía entre mis manos un libro profundo y agudo de Karl Manheim, en que intenta diagnosticar nuestro tiempo, y, al hojearlo, la atención de don Adolfo se detuvo en una frase en la cual Manheim señala la interrelación de las esferas privadas y públicas en los negocios. La frase venía a decir más o menos que las actividades económicas son todas de tipo público, y que en ellas sólo cabe distinguir entre las ejercidas por empresas privadas y las ejercidas por el Estado. «Aquí está, me dijo, la idea que debe servir de matriz a la acción de nuestras Asociaciones».

De allí también el espíritu de colaboración con la autoridad, que evidenciara constantemente el señor Ibáñez, y que no era otra cosa que su concepción de la vida nacional como un esfuerzo común de cooperación, en que deben preferirse las actitudes creadoras y positivas a los gestos disociadores y negativos.

Son pocos los que han entrevisto en toda su amplitud los cambios y transformaciones que esperan a la humanidad en la ruta actual de su perfeccionamiento. La vista angosta de la mayoría sólo percibe leves modificaciones de superficie, sin advertir que bajo las apariencias desordenadas del presente está gestándose una transformación vital del mundo en que vivimos. Adivinar esas transformaciones, crear al mundo que nace las estructuras y las formas que sean capaces de contenerlo y de orientarlo, he aquí una tarea digna de un precursor. La comprensión que el señor Ibáñez tuvo del rol moderno de los gremios, como formas futuras de un entronque de

la función individual y de la función social del trabajo, permite que le demos este nombre.

Pudo haber consagrado su vida a satisfacciones egoístas y fáciles, sea buscando un descanso regado, sea consagrando su inteligencia y su espíritu a las actividades literarias o a los estudios que atraían a su naturaleza meditativa y observadora. No lo hizo, porque no sabía cruzarse de brazos aguardando que los acontecimientos y los hombres buscaran a ciegas los rumbos que debían convenirles. No podía hacerlo, porque el artista que germinaba dentro de él, sentía la inquietud y la impaciencia de la obra bien hecha y el acicate de la responsabilidad de su propia acción.

La muerte vino a sorprenderlo en plena labor. Ya nos había enseñado Rainer María Rilke, a través de las intuiciones de su poesía, que la muerte es como una segunda imagen de la vida y que cada cual tiene, por ello, una muerte propia y personal, que le calza como una vestidura o como la sombra que se ciñe empujinada al cuerpo que la proyecta. La muerte de don Adolfo Ibáñez fué activa, rápida como si fuese también otra decisión súbita de su espíritu que no conocía las vacilaciones.

Hoy estamos recordándolo aquí hombres de todos los puntos del país, y por eso comprendemos que ante la nostalgia que sentimos de su presencia, no pueden bastar palabras de adiós o de melancolía.

La muerte tiene para los que creen en el espíritu, una significación misteriosa. Suprime y aniquila lo accidental y exterior de la personalidad, pero se detiene ante la substancia eterna de que estamos hechos, como quien en un libro prescinde de lo adjetivo y aparential para no atender sino al sentido del texto que está leyendo. Y es que todos esos accidentes y apariencias están llamados a perecer, porque no son el yo profundo y sólo tienen por objeto darle un receptáculo visible y que recoja en el tiempo sucesivas etapas. El espíritu, en cambio, es la vida renovada sin fatigas, la luz siempre encendida en la lámpara que envejece y se destruye, el sentimiento de

infinito que llevamos en la fuente del corazón y de cuyo manantial se nutren nuestras acciones, nuestros anhelos y nuestras esperanzas. Ese mismo deseo de perfección sin bordes que sostiene nuestra vida y la hace ser más fuerte que los desencantos y las agonías, no es otra cosa que nuestra conciencia de eternidad que se encara con los embates de las circunstancias y de lo pasajero.

El amigo incomparable, el hombre de claro talento y de lúcida visión que fuera don Adolfo Ibáñez, no está hoy con nosotros. Es la primera vez que este hombre exacto y puntual, falta a la cita que todos los años tenían con él los compañeros de inquietudes y de afanes que contaba a lo largo de nuestro Chile. Las salas de la Cámara Central están llenas de sus pasos que resueñan con ecos imborrables. Los libros de las actas recogen su letra, firme y nítida como su personalidad. La historia misma de la Institución es un continuo recordar de sus iniciativas, sus advertencias y su visión penetrante de las cosas.

Cuenta una vieja leyenda que, al morir el padre de familia en un hogar, en el instante último, estrechando la mano de la esposa y de la hija predilecta, les dijo: «Cada vez que penséis en mi, florecerá en el jardín una margarita». Pasaron los días tras la dolorosa separación, y esposa e hija les fueron fieles en el recuerdo, pensando constantemente en el ser querido. Y al llegar la primavera siguiente, como una condensación de este recuerdo sin tregua, el jardín florecía entero en una blanca y delicada tela de perfumadas margaritas...

Tanto puede el espíritu cuando, fecundado por el afecto y por la constancia, lucha contra la destrucción de la muerte y trata de preservar de ella la esencia de otro espíritu.

Así esta tarde nosotros, con el viril recuerdo del amigo ido, sabremos preservar sus ideales y, pensando en ellos, haremos que día tras día se abran en nuevas creaciones que hagan más rica y fecunda la acción gremial y de bien público en que nos hallamos empeñados.

Del Consejo Interamericano de Comercio y Producción

Señor Federico Carvallo, Vicepresidente de la Cámara Central de Comercio de Chile, Blanco 992, Casilla 2001 Valparaíso, CHILE.

Muy señor nuestro:

En conocimiento de la velada solemne que en memoria de don Adolfo Ibáñez B. ha de realizarse el día 5 del corriente en el aula de la Universidad Católica de Valparaíso, el Consejo Interamericano de Comercio y Producción encarece a Uds. se sirvan hacerlo presente, por medio de estas líneas, en un homenaje en el que entiendo no puede faltar las expresiones de su honro pesar.

Conocen acabadamente nuestros numerosos amigos chilenos, los fuertes lazos que nos unían con la ilustre personalidad de don Adolfo Ibáñez. Desde los momentos iniciales de nuestra entidad, don Adolfo representó para nosotros un consejero autorizado y un colaborador de excepción, por cuanto unía a su vasta experiencia y conocimiento de los seres, una poderosa inteligencia y una rara vocación de servicio a los ideales de entendimiento y solidaridad entre los hombres.

Personalidad de corazón abierto y de contagioso dinamismo, la calidad de sus sentimientos lo colocaba dentro de esa reducida categoría de seres que ennoblecen la

pasión y saben inspirar, a un mismo tiempo y con pareja intensidad, la admiración profunda, y el afecto hondo.

Don Adolfo significó así, para nuestro organismo, el respaldo invaluable de una autoridad moral e intelectual unánimemente respetada y querida.

La especialísima ubicación del Consejo Interamericano como órgano coordinador de las clases económicas privadas de América, nos ha permitido aquilatar el intenso pesar con que la noticia de su deceso fué recibida en la totalidad de los países del Continente. Las innumerables manifestaciones de condolencia recibidas, atestiguan por encima de las fórmulas convencionales de pésame, el hondo arraigo conquistado por don Adolfo Ibáñez en la consideración y el aprecio de cuantos tuvieron el privilegio de tratarlo. Y nada más expresivo, en tal sentido y al margen de todo epíteto de circunstancias, que la afirmación contenida en la nota de una entidad adherida a nuestra organización: «El prestigio de don Adolfo Ibáñez como hombre de negocios y dirigente económico no ha sido nacional tan sólo: al transponer las fronteras honró el nombre de su Patria y el de la causa que servimos».

Y hemos de reconocerle, como mérito señalado, el de haber sabido renunciar al hálago de las posiciones fáciles; a la obtención de cuanto hubiese ambicionado— porque talentos le sobraban— para conservar esa indeclinable libertad de pensamiento y de opinión.

Se ha expresado que todo hombre trae un mensaje; su éxito es conocerlo; su misión, cumplirlo; lo contrario, es su fracaso.

Don Adolfo Ibáñez en las escalas correlativas de lo noble y lo bello, tuvo la aspiración y la felicidad de cumplir su caudaloso mensaje.

Este Consejo Interamericano de Comercio y Producción, cuyos fines y cuya obra don Adolfo Ibáñez encaró como propia, y que contó con su opinión rectora y se sirvió de su pródiga madurez, siente inevitablemente como

suyo el dolor que por su pérdida irreparable enluta hoy a la colectividad chilena y americana.

Su recuerdo ha de ser de los que vuelven cada día, con la fuerza del más hondo estímulo y la jerarquía del más desinteresado ejemplo.

Agradecemos a ustedes el sitio que, en la velada solemne del día 5, se sirvan hacer a las expresiones de nuestro renovado pesar.

De Uds. amigos Affmos. y seguros servidores,

Carlos Ons Cotelo
Secretario General

José Brunet
Vicepresidente

